

Junio 2024

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN N° 25

ALMAS EUCARÍSTICAS
Beato Rolando Rivi

EVANGELIO, PAN DE VIDA
El amor compasivo de Jesús

POSTRADO A TUS PIES
Oración al Corazón de Jesús en la Eucaristía

“La solemnidad del Corpus Christi nos invita a meditar en el singular camino que es el itinerario salvífico de Cristo a lo largo de la historia”. (San Juan Pablo II)



SUMARIO

➤ P. RODRIGO MOLINA, UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA El Corazón de Jesús y la Eucaristía.....	3
➤ POSTRADO A TUS PIES Oración al Corazón de Jesús en la Eucaristía.....	4
➤ DOCTRINA SOBRE EL SACRAMENTO DEL AMOR Creo en el Espíritu Santo.....	5
➤ EVANGELIO, PAN DE VIDA El amor compasivo de Jesús.....	6
➤ REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO La Eucaristía, don gratuito de la Santísima Trinidad.....	8
➤ MARÍA Y LA EUCARISTÍA ??.....	10
➤ ALMAS EUCARÍSTICAS Beato Rolando Rivi.....	12
➤ MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS El milagro eucarístico de Alboraya.....	14



El Corazón de Jesús y la Eucaristía

En la Eucaristía está vivo el Corazón de Cristo. En una débil y blanca Hostia parece dormir el sueño de la impotencia, pero su Corazón vela. Vela tanto si pensamos como si no pensamos en Él. No reposa. Día y noche, en todos los Sagrarios del mundo, está pidiendo por nosotros, está pendiente de nosotros, nos espera para consolarnos, para hacernos compañía, para unírnos a Él. Hay por lo tanto una relación estrechísima entre la Eucaristía y el Sagrado Corazón. Participando en la Eucaristía, Jesús recibe de nosotros el más noble culto de adoración, acción de gracias, reparación, expiación e impetración.

Nos dice el P. Molina:

«El Corazón de Jesús fue traspasado una vez muerto. Esto me dice que el amor no conoce la muerte, que el amor da sus frutos en el sacrificio total. Esto se llama triunfar en la muerte y de la muerte. Del Corazón de Jesús inerte y atravesado brota sangre y agua: el Bautismo y la Eucaristía: los dos sacramentos que llenan de vida a la Iglesia.»

Dios se hace corazón de hombre y se pone a nuestro servicio. Eso es el Corazón de Jesús: Dios hecho sensibilidad y misericordia –eso simboliza el corazón– en medio de la miseria del hombre.

El amor infinito de Dios se refugia en ese órgano que es tan sensible a la miseria que se llama corazón. Con eso nos dice que Dios está tan cerca del que sufre como lo está un corazón compasivo cerca de la miseria que ve.

Ante los acontecimientos el corazón late, no se queda indi-

ferente, se afecta. El querer ser Dios venerado bajo el símbolo del Corazón me dice que Dios no es indiferente a ningún acontecer humano, todos le afectan, late ante ellos.

El Corazón de Jesús es el punto de encuentro del amor divino con lo humano. El volumen inmenso de la tendencia a amar de Dios se hace sentimiento y sentimiento humano en el Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús es esa realidad humano-divina que ha sido asumida por Dios para simbolizar su inconmensurable amor al hombre.

El Corazón de Jesús encierra el misterio inconmensurable del Amor de Dios en su inmensa plenitud y en su expresión más propia que es la misericordia. Es como el Amor del Infinito hecho misericordia. Su obra: la Redención a costa de su propio sucumbir, roto por el dolor. ¿Puede concebirse amor misericordioso mayor?

El Corazón de Jesús fue hecho por el Espíritu Santo, que es el Amor, en el seno de una Virgen de Inmaculado Corazón. Por eso Jesús vivió el amor y murió de amor.

La esperanza cristiana es esa fuerza que inculca en mí el Corazón de Cristo que no es huida del mundo, sino impulso invencible que se compromete en la renovación del mundo. Impulso lleno de dinamismo seguro de sí mismo y confiado en sí mismo, y de alegría. Por eso el Corazón de Cristo simboliza que Jesús fundamentalmente es esperanza.

Consecuencia: con el Corazón de Jesús a tu disposición, no te retires. Trabaja por la salvación del mundo por más que la maldad avance y parezca inundarlo todo. Conseguirás triunfos espectaculares, transformaciones radicales. El que acepte la devoción al Corazón de Jesús “tendrá éxito más allá de lo que espera” –dice Jesús a Santa Margarita María».

Oración al Corazón de Jesús en la Eucaristía

El mes del Sagrado Corazón de Jesús, junio, es también el mes de la Eucaristía, el mes en que suele coincidir la solemnidad del Corpus Christi en que Jesús sale de su tabernáculo para visitar nuestras calles. Se hace nuestro compañero, se hace el encontradizo con cada uno de nosotros por las calles de nuestras ciudades. En la Eucaristía late el Corazón de Jesús, ese Corazón “que tanto ha amado a los hombres”.

Proponemos una letanía a la que respondemos “ten piedad de nosotros”:



- * Padre celestial que has aceptado por el perdón de nuestros pecados todos los dolores del Corazón de Jesús en la Eucaristía, ten piedad de nosotros.
- * Corazón eucarístico de Jesús,
- * Corazón humillado,
- * Corazón abandonado,
- * Corazón olvidado,
- * Corazón despreciado,
- * Corazón ultrajado,
- * Corazón desconocido por los hombres,
- * Corazón amante de nuestros corazones,
- * Corazón paciente en esperarnos,
- * Corazón pronto a escucharnos,
- * Corazón de aquel que duerme pero que vela siempre,
- * Corazón de Jesús en la Eucaristía,
- * Jesús hostia, quiero consolarte,
- * Me uno a ti,
- * Me inmolo contigo,
- * Quiero olvidarme de mí para pensar en ti,
- * Quiero ser olvidado y despreciado por amor a ti,
- * No quiero cansarte de esperarme; tómame, me doy entero a ti.
- * Te encomiendo todas mis obras: mi espíritu para iluminarlo, mi corazón para dirigirlo, mi voluntad para fijarla, mi miseria para curarla, mi alma y mi corazón para nutrirlos.
- * Corazón de mi Jesús en la Eucaristía, cuya sangre es la vida de misma, que yo no viva más, sino vive sólo tú en mí.

Amén.

CREO EN EL *Espíritu Santo*

Una de las grandes solemnidades de la Iglesia es la de Pentecostés: la venida del Espíritu Santo, también denominado “Paráclito”, “Defensor”, “Dulce Huésped del alma” ... Pero, en palabras de San Josemaría Escrivá de Balaguer: *“Por desgracia el Paráclito es, para algunos cristianos, el Gran Desconocido: un nombre que se pronuncia, pero que no es Alguno –una de las tres Personas del único Dios–, con quien se habla y de quien se vive. Hace falta –en cambio– que lo tratemos con asidua sencillez y con confianza, como nos enseña a hacerlo la Iglesia a través de la liturgia”.*

¿Quién es el Espíritu Santo? Nos explica el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica: “«Espíritu Santo» es el nombre propio de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Jesús lo llama también Espíritu Paráclito (Consolador, Abogado) y Espíritu de Verdad. El Nuevo Testamento lo llama Espíritu de Cristo, del Señor, de Dios, Espíritu de la gloria y de la promesa.

Creer en el Espíritu Santo es profesar la fe en la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que

procede del Padre y del Hijo y «que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria». El Espíritu Santo «ha sido enviado a nuestros corazones» (Ga 4, 6), a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios.

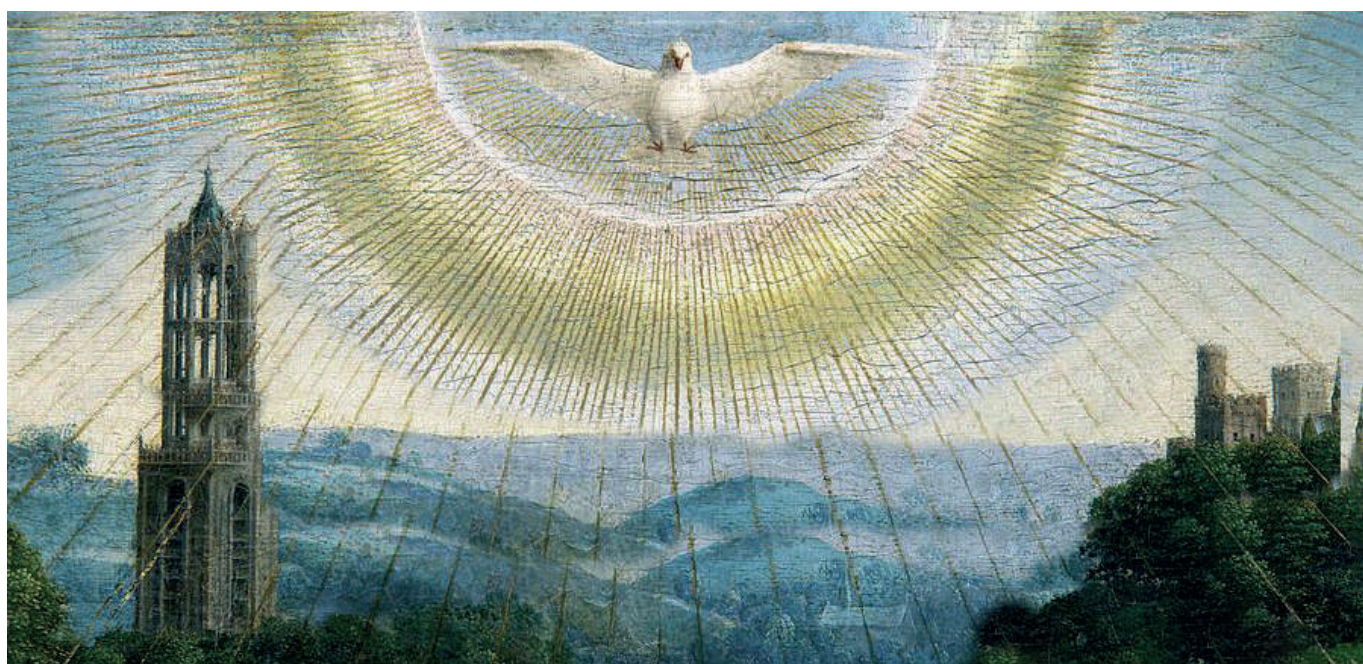
Son numerosos los símbolos con los que se representa al Espíritu Santo: el agua viva, que brota del corazón traspasado de Cristo y sacia la sed de los bautizados; la unción con el óleo, que es signo sacramental de la Confirmación; el fuego, que transforma cuanto

toca; la nube oscura y luminosa, en la que se revela la gloria divina; la imposición de manos, por la cual se nos da el Espíritu; y la paloma, que baja sobre Cristo en su bautismo y permanece en Él.

En Pentecostés, cincuenta días después de su Resurrección, Jesucristo glorificado infunde su Espíritu en abundancia y lo manifiesta como Persona divina, de modo que la Trinidad Santa queda plenamente revelada. La misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia, enviada para anunciar y difundir el misterio de la comunión trinitaria.

El Espíritu Santo edifica, anima y santifica a la Iglesia; como Espíritu de Amor, devuelve a los bautizados la semejanza divina, perdida a causa del pecado, y los hace vivir en Cristo la vida misma de la Trinidad Santa. Los envía a dar testimonio de la Verdad de Cristo y los organiza en sus respectivas funciones, para que todos den «el fruto del Espíritu» (Ga 5, 22).

Por medio de los sacramentos, Cristo comunica su Espíritu a los miembros de su Cuerpo, y la gracia de Dios, que da frutos de vida nueva, según el Espíritu. El Espíritu Santo, finalmente, es el Maestro de la oración”.



El amor compasivo de Jesús



El Corazón de Jesús está dedicado a ocupaciones casi siempre ignoradas y casi jamás agradecidas.

Una vez más San Manuel González, el Obispo de los Sagrarios abandonados, nos acercará al Evangelio y nos mostrará cómo Jesús realiza obras incluso para quienes no creen en Él, no reconocen ni agradecen sus obras.

Con esta meditación debemos avivar nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza en nuestro Redentor. Si Él hace incluso milagros para quienes no lo aprecian, ¿qué no hará por sus hijos, sus amigos, sus cercanos? Y eso somos todos los adoradores: hijos, amigos, cercanos... No debemos acudir al Sagrario solo por interés, buscando milagros, soluciones cuasi mágicas a nuestros problemas. Para los amigos de Dios lo más importante debe ser simplemente estar con Él.

Sin embargo, el Señor también oye nuestras suplicas, está atento a nuestras necesidades, llora con nosotros, trabaja con nosotros, sufre con nosotros y nos da su fuerza para perseverar en el bien con constancia. ¡Confiemos en Él!

“Ven, Evangelio querido; ven, Evangelio de mi Señor Jesucristo, a hablarme un poquito más de Él, a descubrirme otra ocupación suya en su Sagrario... ¡Interesa tanto a mi alma sorprenderlo trabajando en aquel rincón de sus soledades...! ¡Me acerca tanto a Él, ensancha y aviva mi fe adivinarlo allí trabajando...! ¡siempre...! ¡por mí...! El Evangelista san Juan nos dijo que otras muchas cosas hizo Jesús que no se escribieron en el Evangelio. ¡Obras ignoradas y no agradecidas por el mundo! ¡Cuántas de éstas brotarán de cada Sagrario!

Con tres hechos me responde afable a mi petición, el Evangelio. ¡Oh!, ¡qué luz tan viva irradian esos hechos evangélicos sobre el misterio del Sagrario!

El primero es la curación del paralítico de la piscina de Betsaida. Jesús llega a él, lo ve tendido en su camilla, lee en sus ojos la gran angustia de treinta y años de enfermedad y sin preguntarle por su fe, y sin darse a conocer con él, le manda que se levante, se eche auestas su camilla y salga andando... El Corazón de Jesús hace ahí un milagro en favor de quien no le conoce.

Otro hecho: (En Getsemani) Pedro corta la oreja del esbirro Malco que viene con cuerdas y palos a prender a quien no le había hecho daño alguno. Jesús se inclina hasta la tierra, toma entre sus pueros dedos aquella sucia oreja, se yergue y la vuelve a pegar a la cara que aun manaba sangre. El Evangelio no dice que aquel hombre se convirtiera ante aquel milagro. No arroja de sus manos las cuerdas para amarrar ni el palo para intimidar y pe-

“Nos conmueve la actitud de Jesús: no escuchamos palabras de desprecio, no escuchamos palabras de condena, sino solo palabras de amor, de misericordia, que invitan a la conversión”.
(Papa Francisco)

gar al que le estaba devolviendo su oreja y enjugando la sangre de su herida... El Corazón de Jesús hace ahí un milagro en favor de quien lo odia y lo seguirá odiando.

El tercero: La muchedumbre había seguido al Maestro tres días sin preocuparse de más comida ni bebida, que oír su palabra y verlo a Él. Era ya hora de que aquellos hambrientos oyentes, sin embargo, ni los discípulos lo piden, ni exponen siquiera su hambre. Es Él quien propone la cuestión del hambre y sus amigos no aciertan a resolverla más que con el egoísta «sálvese el que pueda» de las situaciones desesperadas. A ninguno se le ocurre pedir un milagro de pan. El Corazón de Jesús hace ahí un milagro en favor de quien no le pide, aunque le conozca y le ame...

Ahora, almas ávidas de Sagrario, meted la luz que arrojan esos tres hechos por entre la puerta del Sagrario vuestro y mirad hacia dentro... mirad, mirad.

¡Ahí está el propio Jesús del Evangelio, haciendo lo mismo que allí; haciendo bien y hasta milagros, cuando éstos son menester, en favor de los que no saben que hay Sagrario, de los que odian y

odiarán siempre el Sagrario, y de los que, aun conociéndolo y amándolo, no acaban de aprovecharse de Él ni de contar con Él para todo y para siempre!

Mirad bien, y después de mirar, buscad por el mundo a ver si encontráis un corazón más generoso, más desinteresado, más exquisitamente fino que el Corazón aquel de vuestro Sagrario... ¿No os parece que esa ocupación tan poco conocida y agradecida del Corazón de Jesús, pide en retorno de vosotros ansias de verlo y de sorprenderlo e ingeniosidades de amor para agradecerlo?”.

Acudamos a Jesús en el sagrario. Allí sus manos siguen llenas de misericordia, su poder sigue siendo omnipotente y su amor, infinito. Acudamos para implorar paz y misericordia para el mundo. Acudamos para pedir por la conversión de los pecadores, por los agonizantes... Pidamos para nuestros seres queridos y aquellas personas que están cerca de nosotros por algún motivo, esas gracias de conversión, de salvación, de perseverancia que necesitan. Pidamos por nosotros mismos. Jesús, el mismo del Evangelio, nos escuchará y abrirá sus manos, sus labios y su corazón para nosotros.

LA EUCARISTÍA, DON GRATUITO DE LA *Santísima Trinidad*

(Extracto de la Exhortación Apostólica Postsinodal
«Sacramentum Caritatis» del Santo Padre Benedicto XVI)

Y Junto a Su Santidad, el Papa Benedicto XVI reflexionamos acerca de la relación entre dos grandes misterios de nuestra fe: la Santísima Trinidad y la Eucaristía. El Dios Uno y Trino, Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. La segunda Persona de la Trinidad, el Hijo, se encarna por nuestra salvación, se hace hombre. Y en una “locura de amor” como diría Santa Catalina de Siena, se hace, además Pan de Vida para nosotros, alimento, Eucaristía.

“Sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor «más grande», aquel que impulsa a «dar la vida por los propios amigos» (cf. Jn 15,13). En efecto, Jesús «los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos.

Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos «hasta el extremo», hasta el don de su cuerpo y de su sangre. ¡Qué emoción debió embargar el corazón de los Apóstoles ante los gestos y palabras del Señor durante aquella Cena! ¡Qué admiración ha de suscitar también en nuestro corazón el Misterio eucarístico!

La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario. En el diálogo de Jesús con Nicodemo encontramos una expresión iluminadora a este respecto: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17). Estas palabras muestran la raíz última del don de Dios. En la Eucaristía, Jesús no da «algo», sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino. Él es el Hijo eterno que



el Padre ha entregado por nosotros. En el Evangelio escuchamos también a Jesús que, después de haber dado de comer a la multitud con la multiplicación de los panes y los peces, dice a sus interlocutores que lo habían seguido hasta la sinagoga de Cafarnaúm: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6,32-33); y llega a identificarse él mismo, la propia carne y la propia sangre, con ese pan: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el



que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6,51). Jesús se manifiesta así como el Pan de vida, que el Padre eterno da a los hombres.

En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. Ef 1,10; 3,8-11). En ella, el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf.

Lc 22,14-20; 1 Co 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf. Gn 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf. Jn 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina[16]. Jesucristo, pues, «que, en virtud del Espíritu

eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha» (Hb 9,14), nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico. Se trata de un don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida. La Iglesia, con obediencia fiel, acoge, celebra y adora este don. El «misterio de la fe» es misterio del amor trinitario, en el cual, por gracia, estamos llamados a participar. Por tanto, también nosotros hemos de exclamar con san Agustín: « Ves la Trinidad si ves el amor »”.

María Y EL CORAZÓN DE Jesús Eucaristía

En el mes del Sagrado Corazón de Jesús, nuestra buena Madre nos enseña que la Eucaristía es el Corazón de Jesús. Los milagros eucarísticos son muestra de ello. Examinados por científicos, coinciden en el tipo de tejido de la carne eucarística, que es el de miocardio: o sea, del corazón.

Durante la historia de la Iglesia, son muchas las ocasiones en que sacerdotes o feligreses se han percatado de que una Hostia consagrada sangraba o tenía aspecto de tejido humano, que es el signo de los milagros eucarísticos. Y el primero de ellos documentado data del año 750, en Lanciano, Italia.

El milagro de Lanciano

El monje que estaba celebrando la Misa tenía dudas sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y mientras decía las palabras de la consagración, vio que la hostia se convertía en carne y el vino en sangre, que rápidamente coaguló en cinco glóbulos, uno por cada llaga de Cristo. Todo se mostró a los presentes en el momento, y fue conservado sin corrupción en el monasterio de San Longinos, hoy llamado de San Francisco.

En 1970 se iniciaron unas investigaciones para confirmar que este hecho era cierto, y en ellas, el doctor Eduardo Linoli, científico encargado del proceso, presentó el informe donde se confirmaba la autenticidad del milagro ocurrido 12 siglos atrás. Según confirmó Linoli, la carne era tejido muscular del miocardio (músculo del corazón), la sangre era tipo AB, como en la

Sábana Santa y en el Sudario de Oviedo, y tenía las proteínas como las de la sangre fresca.

Es un corazón vivo el que nos espera en cada partícula consagrada de la Eucaristía.

El Corazón simboliza el amor, y también un símbolo en que la parte representa al todo de cada persona. Si decimos “te amo con todo mi corazón” queremos decir que amamos con todo nuestro ser. Y Jesús, al darnos su Eucaristía, su Corazón, se da a nosotros entero, con todo su ser.

La Biblia dice que Dios “modeló cada corazón, y comprende todas sus acciones” (Sal, 32). Ante Dios no podemos ocultar nada, somos conocidos y comprendidos por completo... un padre o una madre son los que más conocen a su hijo, o nosotros mismos nos conocemos... pero esto es de forma imperfec-

ta. Dios nos conoce más aún, perfectamente, y nos ama, nos cuida como si no hubiera otro sobre la tierra.

Veamos otro caso. Legnica: Polonia, 2013. El más reciente.

El milagro más reciente sucedió en 2013 en Legnica, Polonia. El 25 de diciembre de ese año, durante la celebración de la misa de Navidad, una hostia consagrada cayó al suelo durante la comunión. Rápidamente, como marcan los preceptos de la Iglesia en estos casos, se metió en un recipiente lleno de agua y se guardó en el Tabernáculo, esperando que se disolviese.

Tras varios días abrieron el recipiente y, lejos de haber desaparecido, la hostia presentaba una mancha rojiza de textura fibrosa. Cuando se mandó analizar a dos laboratorios diferentes, los resultados fueron claros: el tejido pertenecía al de un corazón humano VIVO, en tensión, como ocurre en un proceso de agonía o de sufrimiento físico agudo.

María es Madre que nos enseña a tratar a Jesús, de corazón a Corazón.

Pongámonos, con María, ante la presencia de Jesús Sacramento. Día y noche este Corazón nos espera para ser nuestra Vida, el Corazón de nuestro corazón. Él no es indiferente. Conoce todas las entretelas, todas las intenciones del corazón, las malas y también las buenas. Digámosle con la Inmaculada: Tú me sondeas y me conoces, de lejos distingues mis pensamientos... todas mis sendas te son familiares... Ponme a prueba, sondea mi corazón..., mira si mi camino se desvía. Guíame por el camino eterno...



Milagro eucarístico
de Lanciano (Italia)



Milagro eucarístico
de Legnica (Polonia)





Beato Rolando Rivi

Rolando nació en 1931 en San Valentino, cerca de Castellarano (Reggio Emilia), como el segundo de los tres hijos de Roberto y Albertina, granjeros de profunda fe y religiosidad.

Siguiendo el modelo del párroco de la localidad, don Olinto Marzocchini, desde muy temprano se despertó en Rolando una profunda inclinación espiritual, la que se manifestó en una intensa vida interior y sacramental. Ayudaba a diario en la Misa parroquial, recibiendo diariamente la Eucaristía y frecuentando semanalmente el sacramento de la Confesión.

Muy pronto se hizo evidente su vocación sacerdotal, la que sus padres apoyaron, entrando al seminario de Marola en el otoño de 1942, con apenas once años. El 1 de octubre lo apuntó como el día más feliz: fue cuando tomó la sotana.

Decía a sus compañeros: «Un día, con la ayuda de Dios, seremos sacerdotes. Yo seré misionero. Quiero llevar a Jesús a quienes no lo conocen. Nuestro deber como sacerdotes es rezar mucho y salvar almas para llevarlas al paraíso».

En 1944, cuando Italia fue invadida por los alemanes, el adolescente Rivi tuvo que abandonar los estudios, porque los nazis cerraron el seminario y dispersaron a los seminaristas enviándolos a sus casas.

Fuera del seminario y sin haber recibido ni las órdenes menores, Rolando no tenía obligación de llevar la sotana, pero siguió haciéndolo mientras mantenía su colaboración con la Acción Católica y daba catequesis en la iglesia.

Los tiempos eran peligrosos. En su región había numerosas partidas comunistas que realizaban acciones de sabotaje contra los alemanes, mostrando además su odio por la Iglesia. Los padres de Rolando estaban preocupados

por los numerosos asesinatos de sacerdotes en el así llamado «Triángulo de la muerte».

«¡Quítate la sotana! Es mejor que no la utilices», decían a Rolando, pero el adolescente contestaba: «Pero ¿por qué? ¿Qué mal hago llevándola? No tengo ninguna razón para no usarla. Estudio para ser sacerdote y debo vestirla en señal de que pertenezco a Jesús».

En el pueblo le conocían como «el curita». «No tengo miedo ni estoy asustado –decía Rolando.- No puedo esconderme. Pertenezco a Dios». Algunos le insultaban y blasfemaban en su presencia.

Rolando continuó sus prácticas de piedad en la Parroquia de su pueblo. El chico tenía gran admiración por su párroco: «¡Qué hermoso ser como él! ¡Celebrar Misa con Jesús en mis manos, llevar a Jesús...!».

El 10 de abril de 1945 el adolescente seminarista de catorce años tocó el órgano y acompañó al coro en la Santa Misa solemne. Al terminar, recogió sus cosas y, ataviado con su inseparable sotana, atravesó el bosque camino a su hogar, adonde nunca llegó. Sus padres y vecinos temieron lo peor.

El muchacho había sido secuestrado por un grupo de comunistas, quienes lo obligaron a seguirlos a un bosque cercano a Monchio, Palagano (provincia de Módena). Allí, luego de tres días de sufrir toda clase de humillaciones, golpes y torturas, fue obligado a quitarse la sotana que vestía con orgullo y amor. A las tres de la tarde, lo llevaron entre los árboles de Piane di Monchio, dejando un reguero de sangre por las heridas causadas. El niño lloró y rogó que le dejaran rezar antes de morir. Oró por sus padres y por sus asesinos. Semidesnudo y en medio del bosque, le dieron muerte a tiros. La sotana se la quedaron los asesinos como trofeo y la anudaron para convertirla en pelota de fútbol.

El 14 de abril, el padre del muchacho y el sacerdote don Alberto Camellini hallaron el cuerpo cubierto de magulladuras y con dos heridas de bala, una en la sien izquierda y otra a la altura del corazón, señales de su martirio.

Tras un entierro sumario, después de la liberación, el 29 de mayo, recibió el homenaje de todos los parroquianos, y su tumba comenzó a ser lugar de peregrinación, con diversas curaciones atribuidas a su intercesión. El 7 de enero de 2006 se abrió en la arquidiócesis de Módena su causa de canonización. El 28 de marzo de 2013, el Papa Francisco autorizó a la Congregación para las Causas de los Santos para promulgar el decreto que reconoce su martirio in odium fidei. El 5 de octubre de 2013 se celebró la ceremonia de su beatificación en Módena, presidida por Su Emcía. Revma. el Cardenal Angelo Amato, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos.

Pocos días antes de morir, justo el Jueves Santo de 1945, Rolando había escrito: «Jesús, te doy gracias porque te nos has dado en la Santa Hostia y estás siempre con nosotros. Ayúdame a volver pronto al seminario para convertirme en sacerdote». Jesús hizo algo mejor: asimilarle a su Calvario para llevarle de prisa a la gloria.

Rolando Rivi, con solo catorce años es un testimonio de amor al sacerdocio de Cristo. Hoy es invocado como el “niño mártir de la sotana”.

Este jovencito hoy nos recuerda la grandeza del sacerdocio, ya que a través de los sacerdotes es como recibimos la Eucaristía y por quienes recibimos las gracias de los sacramentos. ¡Demos gracias a Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno sacerdote por nuestros sacerdotes y recemos ante Jesús Sacramentado por el aumento de vocaciones sacerdotales para nuestra Iglesia!

El milagro eucarístico de Alboraya

En el libro “Prodigios Eucarísticos” de Fray Antonio Corredor, O. F. M., se nos narra un milagro lleno de encanto, con sabor a “florejillas”, es decir a esas anécdotas que conjugan fe, encanto y candor. Parecen leyendas, pero han ocurrido de verdad. En este milagro, nuevamente la creación rinde tributo al Creador. Esta vez, tres peces se convierten en custodios y adoradores de Jesús Eucaristía... tal vez para enseñarnos a los hombres la delicadeza con que debemos venerar el Santísimo Sacramento. Narra la historia:

despedido para hundirse en las tumultuosas aguas del torrente.

El Párroco, valientemente, se arrojó a las aguas para rescatar el precioso tesoro. Luchó denodadamente contra la corriente, Pero sus

«Era una noche de julio de 1348. La atmósfera, calurosa y cargada de humedad, presagiaba una tormenta. Con todo, el párroco de Alboraya (Valencia – España), celoso de su ministerio sacerdotal, salió con el Viático camino de una lejana alquería, donde le reclamaba un moribundo.

La tormenta estalló en el preciso momento en que, terminada su misión, se disponía a regresar. Los vecinos le aconsejaron esperarse, pero no podía quedarse allí toda la noche y, aprovechando un momento de calma en el temporal, apretando contra su pecho el copón, caminó entre lodazales y en la oscuridad, amortiguada por el débil resplandor del farol que llevaba su acompañante.

Todo fue bien hasta llegar al barranco de Carraixet. Era el paso más difícil del camino. Con la reciente tormenta, el torrente había centuplicado su caudal y una simple tabla servía de puente para salvarlo.

El párroco, animoso, se arriesgó, pero, cuando estaba a mitad del estrecho puente, resbaló y, en el brusco movimiento para guardar el equilibrio, el copón salió



esfuerzos fueron en vano: el copón quedó sepultado y en el había tres Formas.

La noticia corrió velozmente por el contorno y fueron muchos los hombres que se prestaron voluntarios para rescatar de las aguas el Sagrado Tesoro. En ello trabajaron toda la noche y, por fin, con las primeras luces del día, apareció el copón. Pero... ¡estaba vacío! Con el golpe de la caída se había entreabierto y las tres Formas que contenía, arrastradas por la violencia de la corriente,

habían desaparecido camino del mar.

La desolación del cristiano pueblo de Alboraya fue indescriptible, e inmediatamente se organizaron actos de reparación, de honor y desagravio. ¡Emocionante y ejemplar la fe de aquel pueblo valenciano!... Tanto que el Señor quiso premiarlos con un estupendo milagro. Milagro inaudito, que parecía increíble, de no contarlo cien crónicas que han hecho célebre el barranco de Carraixet.

A la incierta luz de la aurora, allí donde el torrente rinde sus aguas al mar, todos los vecinos de Alboraya pudieron ver cómo tres peces se mantenían erguidos sobre la corriente, sosteniendo en la boca entreabierta una Hostia consagrada.

El estupor hizo caer de rodillas a las sencillas gentes del campo, mientras alguien corrió a comunicar al párroco el portentoso suceso. Los tres peces siguieron inmóviles en medio de la corriente hasta que el sacerdote, revestido de ornamentos sagrados, se acercó a la ribera.

Y entre cánticos del pueblo y lágrimas que corrieron de todos los ojos, los tres peces fueron depositando las tres Formas en manos del sacerdote.

Nunca se vio procesión tan devota como la que entonces se organizó para trasladar al Santísimo desde la ribera del mar hasta la iglesia del pueblo. El copón de tan singular maravilla se conserva aún hoy como perpetuo recuerdo del milagro, y para hacer nacer la fe en los corazones de quienes no creen, han grabado en él esta frase feliz: ¿Quién negará de este Pan el Misterio, cuando un mudo pez nos predica la fe?

En el lugar del milagro se erigió una ermita que lleva el nombre de “Ermita dels Peixets” en lengua valenciana, que significa en castellano “Ermita de los pececitos”».

Aprendamos de estos pececitos a amar a Jesús, a adorarlo, a cuidar las Iglesias donde mora, a tener hermosos tabernáculos donde albergarlo... Y cuando salga por nuestras calles en el Corpus, no escatimemos en muestras de adoración, de respeto.



ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

«Los sacerdotes almas víctimas escasean. Se supra-valora el activismo y se infra-valora la vida de recogimiento y sacrificio silencioso total a Dios, como el de Santa Teresita». (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)

Reinado
de María



www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

↳ NSEradio

↳ www.nseradio.com

↳ www.nsetv.com



nsetvradio
ejercitoblanco



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com